

## Una política del encuentro

---

Disentir, competir, discutir, combatir, son elementos indispensables para vivir. Como las especias en una comida, deben tener medida, ser medidas. Pero sin ese condimento, sin embargo, la comida podría resultar sosa, poco atractiva.

Para disentir debo tener opiniones diferentes a las de mi interlocutor, y estas opiniones recíprocas se fortalecerán y acrecentarán en el disenso.

Practicar horas frente a un frontón –raqueta en mano– fortalecerá mis músculos, agilizará mis movimientos y mejorará mis reflejos, pero recién en la competencia mediré mis fuerzas, se evidenciarán mis debilidades, será mayor mi estímulo para mejorar mi juego.

Puedo tener ideas brillantes, pero si alguien las refuta, observa sus puntos discutibles, señala aspectos poco claros, estas ideas resultarán mejoradas.

Doquiera exista falsedad, corrupción, soborno, abuso o cualquier otra fuente de perversión, debo dejar la indolencia y combatirla.

Por cierto, estas afirmaciones pueden ser rebatidas o también rechazadas sin más. Puede argüirse que un genio como Miguel Ángel, un pintor grandioso como Rafael, un músico sublime como Mozart, un poeta sin par como Bécquer, creaban en soledad, sin necesidad de las mencionadas “especias”: disentir, competir, discutir, combatir. ¿Era tan así? Si nos asomamos por un momento a sus vidas advertiremos disensos, competencias, discusiones y combate en casi todos ellos.

Tal vez para intentar discrepar con nuestra propia afirmación de que los antedichos condimentos son indispensables, deberíamos acercarnos a los monjes o a cualquier persona de cualidad espiritual superior. Sin embargo, si estudiamos aunque sea en forma somera sus vidas, veremos disenso, competencia, discusión y combate. Pienso en una santa magna: santa Teresa de Jesús, de sangre judía y monja católica, renovadora, luchadora. Disentía, discutía, combatía y competía. ¡Y de qué modo!

Pero una remanida frase dice: “La cortesía está en el tono”. Puedo disentir firmemente, lo que no debo de ninguna manera es denigrar a mi oponente u ofenderlo.

Puedo competir con el mayor de los entusiasmos, pero luego debo relacionarme cordialmente con mi opositor.

Puedo discutir fervorosamente, pero no agredir a mi ocasional adversario o denostarlo.

Puedo combatir aquello que estimo debe abolirse, pero condenando los hechos, no las personas.

En suma, ninguna de estas actitudes debe transformar al otro en enemigo. ¿Es esto fácil? No. Pero nada se consigue sin esfuerzo. Hay que hacer un gran esfuerzo para disentir sin ofuscarse, competir sin enemistarse, discutir sin ofender, combatir sin destruir al que defiende una posición diferente de la nuestra.

## EDITORIAL

Este esfuerzo merece ser realizado: nos hará mejores personas. Serán más respetadas nuestras ideas. Contribuiremos a forjar una sociedad mejor. Nos sentiremos en paz con nosotros mismos.

Hace falta para esto sin dudas una fuerte personalidad. El ser humano débil grita, critica, agrede, descalifica. Cualquiera de estas actitudes pone de manifiesto una íntima sensación de debilidad e inseguridad. Un sentimiento de inferioridad.

Toda sociedad conformada por seres humanos –todos ellos imperfectos– puede caer en estas ciénagas que empantanar y ahogan: la ofensa, la crítica, la agresión, la descalificación. Lo importante es reconocerlo. La tan nombrada y temida anomia deviene cuando ya no se distingue lo bueno de lo que no lo es. De allí no hay retorno.

Nuestra Sociedad Argentina de Dermatología podría caer también en esta poca afortunada situación. Pero no debe ser así. Sabemos que el bien y el progreso de una sociedad –y en este caso de nuestra SAD– reside en el esfuerzo conjunto: discutiendo, combatiendo, compitiendo, pero nunca dividiendo. El esfuerzo hace que  $2 + 2$  no sea igual a 4 sino a 10. La unión rompe la rigidez de la matemática y se pone las alas de la creatividad y el progreso.

Abogemos entonces sin dudas, audazmente, por poner en marcha una política del encuentro. “Despellejar” al prójimo puede causar una morbosa y momentánea satisfacción, pero nos degrada como personas.

Vayamos al encuentro de aquellos que no piensan como nosotros, aunemos nuestros esfuerzos y construiremos en vez de destruir. Será lo mejor para todos.

**Lilian Fossati**